

	2. Tecnologías móviles: el gran nivelador.....	73
	3. Medios sociales: la posibilidad de la resolución conjunta de problemas	77
	4. La hora de la verdad de los grandes datos: de la anécdota al hecho	79
	5. Computación en la nube: redefinir la escala	83
	6. Convergencia: la aplicación del poder conjunto de las tecnologías disruptivas en la resolución de problemas	87
3	Modelos de negocio escalables. Innovaciones radicales para la creación de beneficio público.....	93
	1. Modelos de negocio para el cambio.....	96
	2. Franquicias	100
	3. Plataformas.....	105
	4. <i>Freemium</i>	108
	5. Colaboración ciudadana.....	115
	6. Los secretos de los modelos de negocio exitosos en la economía de las soluciones	119
4	Las divisas. Cómo impulsan la economía de las soluciones las nuevas divisas de impacto	125
	1. Nuevas divisas para el valor público.....	127
	2. Créditos a modo de divisa: el comercio de bienes públicos	129
	3. Impacto social: asignando un valor a la solución de los problemas de la sociedad	135
	4. Capital ciudadano: conversión de los esfuerzos ciudadanos de un recurso a una divisa	138
	5. Fiesta de datos: cuando la información paga	142
	6. Reputación: cómo capitalizar la marca	147
	7. Nuevas divisas en acción: una solución para la gestión de residuos del mundo en desarrollo.....	150
	7.1 Resultados sociales como capital inicial.....	152
	7.2 Ventaja de reputación	153
	7.3 Créditos para el ambiente y el saldo	153
	8. Más allá de la medición de los gastos	154
5	Intercambios de valor público. Nuevas plataformas que asocian el capital con las necesidades sociales	159
	1. Nuevos modelos de intercambio	163
	2. Mercados bilaterales.....	167
	3. Financiamiento colectivo (<i>crowdfunding</i>)	170

Introducción. El poder de la economía de las soluciones

El nuevo mercado billonario del bien social

El árbol generoso es un libro infantil muy conocido de Shel Silverstein que se ha traducido a más de treinta idiomas desde que se publicó por primera vez en 1964. Cuenta la historia de un árbol y su constante dedicación a un niño. Al principio no le proporciona más que comodidades simples como el frescor de su sombra, pero conforme va satisfaciendo las demandas constantes del niño, acaba entregándole todo, desde sus manzanas hasta sus ramas y tronco. Al final, tan sólo queda un triste tocón que también se aprovecha.

Como el árbol del cuento de Silverstein, los Gobiernos se han dado cuenta de que los problemas que se han ofrecido a abordar no pueden satisfacerse.

En el siglo XX, la necesidad de afrontar grandes problemas públicos, como las epidemias sanitarias y el desarrollo de grandes infraestructuras, significó que el Gobierno estuviera en el centro de la solución. Desde la construcción de la presa Hoover hasta la erradicación de la viruela, pasando por el desarrollo económico de África y la escolarización mundial, el Gobierno era el lugar idóneo para quienes deseaban un mundo mejor. La lucha ilimitada de la «gran sociedad»¹ contra la pobreza y las necesidades representó, tal vez, el apogeo de la identificación del Gobierno con los grandes logros o, al menos, con las grandes aspiraciones.

Hoy en día, hay pocas cosas que no le hayamos pedido al Gobierno. Le solicitamos que nos proteja de los terroristas y salvaguarde nuestra intimidad, que evite crisis económicas mundiales y detenga el contagio entre los países en quiebra, que rescate a los bancos y contenga los gastos disparados de toda una serie de intereses vitales en conflicto, como la salud y la educación.

A veces, el simple alcance y la diversidad de esos objetivos provoca que las dependencias públicas acaben trabajando con fines contrapuestos. Por ejemplo, las agencias públicas de salud financian programas contra la obesidad, mientras el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos subvenciona el azúcar. El departamento de tráfico lucha contra los congestionamientos por un lado, mientras subsidia el uso de carreteras por el otro. Los organismos internacionales para el desarrollo ayudan a los agricultores de los países en vías de desarrollo pese a que las barreras comerciales impiden la entrada de sus productos agrícolas en los mercados occidentales.

Los países en desarrollo carecen de un sector público ambicioso, y de todos modos no lo podrían costear, al menos no según el modelo occidental. Esos países tendrán que esperar decenios para que el PIB crezca lo suficiente para sustentar un Gobierno propio de la era industrial, con sus enormes gastos en salud y educación. Pensemos en la India, por ejemplo, donde el gasto per cápita en salud tendría que multiplicarse por 37 para igualar al canadiense. Con los índices actuales de crecimiento, eso no ocurrirá hasta 2070, y para entonces será demasiado tarde si tenemos en cuenta que la clase media india crece con rapidez. En realidad, el país no puede permitirse adoptar el costoso modelo de Occidente.

Pero los países occidentales cada vez se lo pueden permitir menos. El rasgo definitorio de todo Gobierno occidental –poder satisfacer la amplia variedad de necesidades de sus ciudadanos– se ha convertido en su mayor debilidad. Los Gobiernos hacen verdaderos ejercicios de contorsionismo para intentar cumplir con las exigencias de sus ciudadanos, a menudo contradictorias, y, al final, se arruinan.

En Colorado Springs, por ejemplo, los recortes presupuestarios han limitado los servicios de la ciudad y han dado lugar a un sistema a la carta, en el que los residentes deciden lo que quieren pagar. Si un barrio decide

